

## NIXON, O LA CONTRA-AVENTURA

El «traspaso ordenado del poder» que Nixon ha señalado desde las palabras iniciales de su discurso de inauguración, apenas perturbado por una manifestación pacifista que denunciaba la «paz de Nixon» como «una burla», pero que se mantenía dentro del proclamado orden por la alegación de que pretendían «una confrontación política y no física», apenas puede ocultar que el traspaso del poder real no se ha realizado en esta ceremonia de la Casa Blanca, sino durante un año terrible, con el candidato mayor asesinado, maniobras de gran envergadura en el seno de los partidos, acciones de terror como las de la represión durante la convención demócrata en Chicago y aparición de una «tercera fuerza» amenazadora como la de Wallace. Sin embargo, es admirable y significativo que en el momento de acceder al poder el nuevo presidente se beneficie de un nuevo respeto institucional y pueda inaugurar sus días presidenciales con una especie de tregua que corresponde enteramente a la tradición democrática y al juego limpio. Decepcionante como ha sido su carrera política, con un historial sin brillo, apartado más de una vez de la competición, Nixon no es ahora el hombre del pasado, sino un hombre a quien se da una nueva oportunidad, dentro de la tradición del «give a chance» propia del país y de la democracia. Hay una expectación por verle actuar frente a la montaña de problemas que se le enfrentan y hay, clara y patente, una benevolencia pública e impresa. Algunos de los más conspicuos liberales, algunos de los críticos más amargos del poder y del imperio, se han sumado ya a la expectación benevolente. El viejo demócrata abierto Walter Lippman sale de su retiro para comentar lo que le parece la mejor promesa de Nixon: la de «reducir a un tamaño manejable», a unas proporciones reales, las esperanzas, los sueños expresados por la filosofía americana del siglo y elevados por sus antecesores a la categoría de inflaciones. «Si lo hace así, y los auspicios son buenos, hará todo cuanto se puede para unir esa diversa e ingobernada nación». Unas páginas más allá del número de «Newsweek» (13 de enero) en las que Lippman reflexiona, aparece el demócrata Stewart Alsop con un artículo que titula «Una lección para liberales», en las que señala el final de la larga era del «New Deal», del liberalismo del New Deal. Como si el espíritu de Roosevelt hubiese flotado sobre las aguas americanas desde 1932, hubiese envuelto en su sueño a sus continuadores —incluso al republicano Eisenhower— y acabase ahora. El conservadurismo nuevo, la nueva era amparada bajo el nombre de Nixon, sería por consiguiente un tiempo de política realista, prudente y reformista.

Esto prueba, sobre todo, que la imagen que Nixon está vendiendo —en lenguaje de relaciones públicas— desde hace seis meses en su campaña electoral, en sus discursos, proclamas, artículos y manifiestos, y finalmente en el discurso inaugural, ha estado bien elegida. Es la imagen del hombre medio que busca caminos medios. Su oscuro gobierno seleccionado entre la categoría sociológica del hombre «wasp» (white, anglo-saxon, protestant; blanco, anglosajón, protestante), su nueva humildad, su deliberada falta de promesas y aun su acusación al exceso de promesas de los presidentes anteriores (si Johnson no hubiera ofrecido la «Gran Sociedad», nadie le echaría en falta...), su resistencia a la tecnocracia, su falta de énfasis para dibujar un horizonte oscuro y siniestro, sus ofertas de ser un funcionario aplicado y trabajador, su ausencia de condenas para la oposición (para la del sistema y para la de fuera del sistema) parecen designarle como la contrafigura de la aventura. La aventura es la vieja compañera del pueblo americano. Está demasiado dolorido por los resultados que la aventura ha tenido en los últimos años.

Parece que quiere entrar en la edad de la razón. El hecho de que el pasado de Nixon esté en contradicción flagrante con esta imagen es inquietante, pero apenas significa gran cosa. Un presidente nace como tal el día de su toma de posesión.

Esta política de «memento homo», esta política de hábito cartujo, no es muy nueva. Tiene un ilustre precedente, que es el de la Unión Soviética. Tras el protagonismo tenebroso y grandioso de Stalin, tras el espectáculo permanente que fue Krutchev, el equipo gris de Kosiguin y Brejnev inauguró también una etapa de contra-aventura, de acción silenciosa. Estructural y aparentalmente no es descabellado hacer un paralelo Stalin-Roosevelt-Churchill, que sería la era de los grandes protagonistas; un paralelo Krutchev-Kennedy, la era de los coexistentes simpáticos, humanos, populares, y ahora un paralelo Nixon-Kosiguin-Brejnev, o la era de los hombres medios y trabajadores, de los gobernantes que sacrifican la espectacularidad y la simpatía a la busca del sentido común. Es



La misma mañana en que Nixon pronunciaba su primer discurso, en el que hacía hincapié en que una era de «negociación» debía sustituir a la antigua de «confrontación», la URSS ofrecía la apertura de una serie de conversaciones acerca de la limitación mutua de armamentos.

## ESTADOS UNIDOS

### Los magnates de la industria, en la Casa Blanca



MELVIN LAIRD, JEFE DEL PENTAGONO, CON SU ESPOSA.

como si las dos grandes naciones que juegan al tablero mundial tratasen de segregar cada una de ellas el dirigente que corresponde al juego de la otra. En este nuevo aspecto, en este «new look» de la política, personajes como De Gaulle o Mao Se Tung serían anacrónicos, supervivientes de otra época, elementos pintorescos de la política mundial. En este paralelismo aparente se ha visto que los mejores momentos de las relaciones entre los dos países han coincidido con las conjunciones. Stalin y Roosevelt se entendían bastante bien, Kutschev y Kennedy llegaron a tener una cierta fraternidad de compañeros de oficio. Las dificultades han surgido con los personajes discordantes, con los segundones llegados por accidente, como Truman y Johnson, o con alguna figura fuera de serie, como Eisenhower.

Los albores de la política de Nixon parecen significar una buena conjunción con el equipo gris del Kremlin. La misma mañana en que Nixon pronunciaba su discurso, y hacía hincapié en que una era de «negociación» debe sustituir a la antigua era de «confrontación», la Unión Soviética realizaba su primera iniciativa ofreciendo la apertura de una serie de conversaciones acerca de la limitación mutua de armamentos. Es indiscutible que las negociaciones acerca de desarme no se limitan de hecho a detalles técnicos, sino que suponen un examen general de las cuestiones del mundo.

El problema que nos atañe a todos, y todos estamos implicados en ello, como Nixon no ha dejado de hacerlo patente al dirigirse delicadamente en su mensaje a los «ciudadanos del mundo», pequeña cortesía que no ha tenido hasta ahora ningún presidente de los Estados Unidos, es el de que esta coexistencia que podría ser el tema del «año de las negociaciones» no se haga en detrimento de los demás. Existe una coexistencia negativa, que es la del reparto del mundo entre los dos grandes en zonas de influencia, y una coexistencia positiva, que es la de la autoprotección de las vías bélicas y la conjunción del esfuerzo común en beneficio del resto de la humanidad. Los últimos acontecimientos del mundo dejan, desgraciadamente, poco margen para esperar gran cosa de una filantropía de los grandes que sobrepase la puramente verbal, y la multiplicidad de incidentes que se producen, desde la Plaza de San Wenceslao, en Praga, hasta la Universidad de Tokio, pasando por las conversaciones de París, las guerrillas de Oriente Medio y los movimientos en Hispanoamérica, están dirigidos a explicar bien que una «pax americanosoviética» ejercida en los países secundarios por poderes delegados conformistas, pero que no coincidiese con las necesidades físicas y morales de la totalidad de los habitantes del planeta, no sería, en ningún caso, ni bien recibida ni siquiera admitida.

En resumen, es preciso que Nixon, su equipo y las gentes y poderes que le sostienen comprendan bien que no se trata de un disfraz de moderación, sino de una moderación y un realismo auténticos lo que se requiere de ellos, porque los disfraces duran, hoy, minutos. Las masas han producido en estos tiempos un considerable poder de sensibilidad y no son muy fáciles de engañar. Nixon puede haber comprendido que esta tregua, que esta benevolencia de que disfruta en los primeros días de su mandato, que le acompañará probablemente en los primeros meses si algún acontecimiento mayor no viene a serle desfavorable, no es más que una suspensión provisional de la situación, y que no hay nadie invulnerable en el mundo de hoy. La lección de Johnson podía serle provechosa. Johnson utilizó un disfraz electoral y se lo quitó al llegar al poder, pero no consiguió la impunidad. Ha sido probablemente la figura más atacada de la historia de la presidencia —ahora, al irse, se ha beneficiado en los comentarios de este ambiente de buena voluntad, de esta pascua política— y ha tenido que abandonar la Casa Blanca cuando, lógicamente, aún podía haber ejercido el poder durante cuatro años más. Si Nixon demuestra que su postura es un disfraz, si no puede o no sabe responder a la expectación que ha creado, puede producirse una catástrofe de carácter histórico.

Con el nombramiento de David L. Packard, cincuenta y seis años, como subsecretario de Defensa, el «lobby» de las industrias norteamericanas de armamentos y del espacio ha hecho su entrada oficial en el gabinete de Richard Nixon. David Packard no es un político. Es un «tycoon» de la industria electrónica. En Wall Street se cifra en 300 millones de dólares el valor de sus 3.610.000 acciones en la sociedad Hewlett Packard, fundada y dirigida por él mismo en Palo Alto, en la periferia de San Francisco.

El año pasado, la Hewlett Packard vendió directamente al Pentágono por valor de 34 millones de dólares y por valor de 60 millones de dólares a otras empresas que dependen de él. La tercera parte del volumen de negocios de la sociedad del nuevo subsecretario de Defensa estuvo basada, en 1968, en contratos relacionados con la Defensa nacional.

Y esto no es todo. David Packard es también administrador de la sociedad General Dynamics, abastecedor número uno del Pentágono en 1968, con 2.239 millones de dólares de contratos, y que fabrica no sólo el cazabombarderos «F-111», sino también submarinos y cohetes balísticos. A su vez, pertenece a los consejos de administración de otras compañías que trabajan para la Defensa nacional, como la todopoderosa U. S. Steel, primer productor de acero del mundo.

El caso de David Packard ilustra un fenómeno capital en la evolución de las estructuras y de los métodos políticos en los Estados Unidos: la irresistible ascensión de la «Santa Alianza» entre los tecnócratas civiles y militares del Pentágono y los industriales que trabajan para la Defensa y para el Espacio.

Paradójicamente, fue un militar, el general Eisenhower, el que primero denunció el peligro. «Debemos prevenirnos contra la injustificada influencia del complejo militar-industrial», declaró en enero de 1961, antes de ce-

der de la Casa Blanca a John Kennedy.

Desde entonces han pasado los presidentes, pero el «complejo» permanece. Difícilmente podría ser de otro modo, dado el enorme aumento de los gastos militares norteamericanos. En 1968, el Pentágono ha administrado más de 80.000 millones de dólares —alrededor del 60 por ciento del presupuesto del Estado—, que los ha hecho revertir en gran parte en la economía, en forma de contratos de defensa.

Los magnates de la industria de armamentos y del espacio, instalados en sus feudos futuristas de California y de Texas, han visto la llegada de Richard Nixon a la Casa Blanca con evidente satisfacción. «Todas las declaraciones de mister Nixon sobre los armamentos del espacio son muy positivas. Creo que es más consciente de estos problemas que otras personas que hemos visto hasta ahora en la Casa Blanca», declaraba, después de la elección presidencial, el señor Leland Atwood, presidente de la North American Rockwell. Sin embargo, la North American no puede quejarse de los ocho años de administración demócrata. Fabricante de aviones supersónicos y de cohetes, principal constructor del proyecto lunar «Apolo», mister Atwood ha figurado constantemente entre los diez primeros proveedores del Pentágono, y su sociedad ha triplicado sus ganancias desde 1960.

En la administración demócrata había un elemento que inquietaba a los comerciantes de cohetes y aviones supersónicos: el constante deseo de distensión con la URSS y de equilibrio de las fuerzas estratégicas, por lo que se alegraron de la retirada de Robert McNamara. El nuevo jefe del Pentágono, Melvin Laird, cree que la política de equilibrio no es suficiente para garantizar la seguridad de los Estados Unidos. «Si queremos evitar una guerra nuclear, no hay más solución»